

Postmitosis

Muñoz Rodríguez, Víctor

Su hijo tenía muchos defectos. El peor fue morirse antes que él.

Su estúpido amor de padre lo empujó a recuperarlo, y corregir ese error fatal y otros tantos. No sé qué le hizo pensar que la conclusión sería muy distinta, habida cuenta de que la astilla iba a ser más que nunca parecida al palo.

Nada es genética, dijo. El primer clon era indistinguible, y no tardó en despreciarlo apenas empezó a hablar. Cuando lo volví a ver ya iba por el tercer intento.

En esta ocasión, sus gestos eran tan distintos del original como parecidos a su padre. Valoraba cuanto le decía, casi parpadeaban sincronizados. Ningún niño quiso tanto a su padre, ni ningún padre terminó por odiar tanto a un niño. Porque en cierto momento no podía cogerlo en brazos, em-

pezó a tener la felicidad que él no tuvo. Y así, aunque todos empezaban bien, eludían sus deseos al final.

¿No podría ser niño, no crecer, enseñarle yo siempre, que dependa de mi sabiduría, que le baste mi alegría?, se lamentaba cuando llevaba tantas cervezas como clones pagados.

Quizá, contesté, es sólo perspectiva; enfocar el asunto desde otro ángulo.

Y lo primero en perder vida fueron sus ojos, y supe que le siguió todo lo demás cuando lo vi sólo como un simulacro y completamente semejante a su retoño, feliz de ser como él quería porque era el niño quien tenía al padre.

Me alegré por ambos. Aunque me resultaba demasiado insopportable como para ser su amigo, ni para intentar replicarlo.